

UNA SEMANA SIN ESCOBAR

COLOMBIA

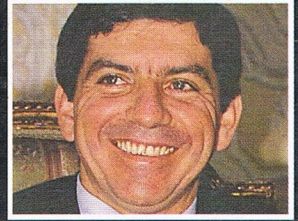
Cambio16

DICIEMBRE 13 - 20 1993 - No. 27

1.500 pesos

DROGA: ¿LEGAL?

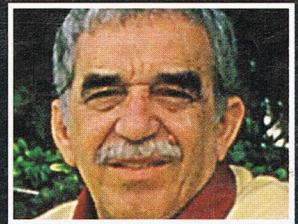
La discusión entre el
Presidente y el Fiscal, y
una ponencia de
García Márquez, adoptada
por CAMBIO16, abren
el debate mundial por la
legalización de las drogas



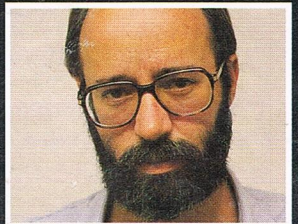
CESAR GAVIRIA TRUJILLO



GUSTAVO DE GREIFF



GABRIEL GARCIA MARQUEZ



ANTONIO CABALLERO



AURA LUCIA MERA

¡OJO CON EL TRANCON AEREO!

GRUPO 16

PRESIDENTE: JUAN TOMAS DE SALAS

COLOMBIA

Diciembre 13-20 1993 No. 27

PRESIDENTE: Patricia Lara Salive.

DIRECTOR: Darío Restrepo Vélez.

ASESOR EDITORIAL: Héctor Rincón.

COMITÉ EDITORIAL: Consuelo Mendoza, Guillermo Cortés Castro, Gabriel Jaramillo, Gloria Zea, Reinaldo Cabrera, Francisco Ortega, Antonio Urdinola, Patricia Lara Salive, Fabio Echeverri Correa.

COORDINADOR EDITORIAL: Eduardo Arias.

EDITORES: Germán Hernández (Cultura, Personal y Siete días); Olga Sanmartín (Sociedad); María del Rosario Arrázola (Este País); José Triana (Economía); Armando Neira (Crónicas y reportajes).

REDACCION: Alejandra Buitrago, María Cristina Caballero, Pedro Nel Valencia, Patricia Nieto, Javier Mejía, Andrés Grillo. Suplementos Especiales: Norma Constanza Castillo y Alirio Bernal.

FIRMAS: Antonio Caballero, Daniel Samper Pizano, Alberto Donadio, Germán Espinosa, Eduardo Escobar, Alfredo Molano, Germán Castro Caycedo, Juan Ballesta, Laura Restrepo.

COLABORADORES: Darío Jaramillo Agudelo, Ana María Cano Posada, Pedro Claver Téllez, Jimena Montaña, Hugo Chaparro, Ernesto Mc Causland, María Claudia Parías, Jorge Nieto, Lulú Bernal, Medardo Arias.

FOTOGRAFIA: José Miguel Gómez, Bernardo Alberto Peña, William Torres.

DISEÑO: María Mercedes Cuéllar Botero.

DIAGRAMACION: Marco Robayo Moya, Jairo Arango Bulla.

ILUSTRACIONES: Jairo Linares.

AGENCIAS: Efe.

SERVICIOS FOTOGRAFICOS: Age, Contifoto, Cover, Efe, Europa Press, Flash Press, Image Bank, Keystone, Radial Press, Staff, Stock y VO Press.

JEFE DE PRODUCCION: Henry Hans Moya.

CAMBIO16 Colombia es una publicación de Inrevisa Colombia S.A., con resolución 624 de junio 10 de 1993 de la Dirección General del Derecho Autor - Ministerio de Gobierno. Permiso de Tarifa Postal Reducida número 1334.

GERENTE GENERAL: Guillermo Cortés Castro.

GERENTE COMERCIAL: Rodrigo Camargo.

COORDINADORA DE SUSCRIPCIONES: María Piedad Nieto.

ADMINISTRADOR: Florentino Bombiela Zambrano.

FOTOMECANICA: Pro-Scanner, PrePrensa.

SEDE CENTRAL: Santafé de Bogotá, calle 106 número 20A-22 teléfonos: 612 6192/ 612 6131/ 612 6154.

Fax: 612 3842/ 612 4557. Apartado aéreo: 252041

SERVICIO AL SUSCRIPTOR: 6192311

PUBLICIDAD: 616 2387/ 616 9186/ Fax: 616 9981.

MEDELLIN: Via Comunicaciones. Calle 9A número 37-40. Comutador: 3117544. Fax: 3115639

CALI: Comercializadora Occidente. Calle 28 norte # 4N-76. Teléfono: 681534.

AMERICA

No. 1152

EDITOR: Daniel Samper Pizano.

REDACCION JEFE: Carlos Alcalay.

REDACCION: María Aldave, José Antonio Alonso, Laura Cristóbal, Susana Conzatti y Francisca Coronado. Diseño: Pepe Flores.

CORRESPONSALES: Ander Landaburu (París), Carlos Enrique Bayo (Washington), Daniel Mermelstein (Londres), Julio Algañáraz (Roma), Norma Morandini (Buenos Aires), Hazael Toledano (Jerusalén), Carlos Bradac (Moscú), Antonio Martínez (Chile), Benjamín Ortiz (Quito), Juan Luis Díaz Prat (San José de Costa Rica), Angel Tomás González (La Habana), María Dolores Albiac (San Salvador), Manuel Torres (Tegucigalpa), Indalecio Rodríguez (Panamá), Claudio Alvarez Dunn (San Juan de Puerto Rico), Lupe Cajías (La Paz), Luis Vinalopó y Antonio Montilla (México).

ESPAÑA

No. 1152

DIRECTOR: Juan Tomás de Salas.

COMITÉ EDITORIAL: Jorge Amado, José Cardoso Pires, Carlos Fuentes, Claudio Magris, Augusto Monterroso, Juan Carlos Onetti, Ernesto Sábato, Hugh Thomas, Arturo Uslar Pietri y Mario Vargas Llosa.

DIRECTOR ADJUNTO: Román Orozco.

DIRECTOR DE PUBLICACIONES: Angel Carchenilla.

Se recibe aire puro

Mama Coca
El Papel de la Coca
www.mamacoca.org

UN INGENIOSO CONSTRUCTOR QUE quería vender casas en las colinas de Suba, en Bogotá, colocó una valla que simplemente decía: «Se vende aire puro». Su ingenio estaba hábilmente emparentado con esa tenaz necesidad de pureza ecológica que tenemos los seres humanos en épocas de contaminación ambiental.

Parodiando al constructor de marras, los colombianos podríamos decir que necesitamos, como nunca, una intensa tarea de descontaminación. Pero habría que recordar que, por lo menos en Colombia, la ecología comprende también la contaminación de violencia que sufren los espíritus. En ese sentido, hay que reconocer que algo de aire puro recobramos, con la muerte de Pablo Escobar.

Pero, es necesario persistir. Y reflexionar. Y reconocer: todos fuimos culpables de alguna manera en el desastroso y contaminante crecimiento del fenómeno Escobar. ¿Cuántos políticos no cayeron en su red atraídos por los morrales de dinero que les aseguraban la financiación de las campañas? ¿Cuántos financistas y comerciantes y constructores y negociantes de toda índole no se frotaban las manos ante los burros de oro con que los encandilaba el emergente multimillonario. ¿Cuántos periodistas y medios de comunicación no cayeron en la tentación sen-

sacionalista de convertir a Escobar, ante sus lectores, en un buen ladrón bajo el apelativo de Robin Hood?

Sería una idiotez repetir la historia. Sería una locura tratar de llenar el espacio de posibilidades que deja la muerte de Escobar creciendo monstruos y construyendo «carteles» a diestra y siniestra.

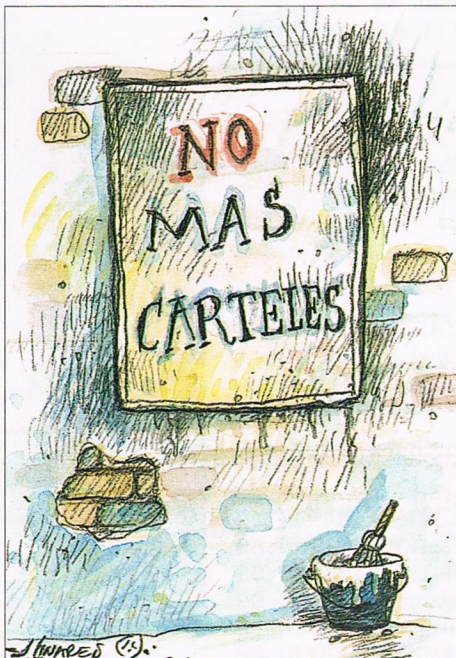
Bandidos siempre habrá y frente a ellos no puede existir contraparte distinta a la de un Estado cada vez más fuerte, no sólo para reprimirlos sino para hacer presencia social y pedagógica en todas partes, en favor de las gentes de bien. Las tareas de rehabilitación social y cultural de la Consejería Presidencial para Medellín en las comunas son un buen ejemplo. Y lo son también las medidas decididas de las autoridades de Cali para desarmar a los caleños.

El sucio negocio de la droga también existirá siempre, mientras siga siendo, por su prohibición, el mejor negocio del mundo. Al Estado colombiano y al mundo entero le espera desde ya el debate sobre cómo continuar esta guerra aberrante y absurda de las drogas: si reprimiéndola a sangre y fuego y sin medir los costos; o legalizándola para quitarle a la producción y al tráfico la tentación de las ganancias sin límite. (Ver artículo de portada en esta edición).

Lo ocurrido debería servirles de algo a los narcotraficantes de Cali y del Valle. Sería una estupidez que repitieran la experiencia de Escobar. Al terminar la semana pasada, algunos ciudadanos comentaban que ya los de Cali habían perdido ocho días. Se referían a lo inexplicable que resultaría un rechazo y hasta una demora de parte de esa organización a la política de sometimiento a la justicia.

De parte de la sociedad lo que obliga es un propósito colectivo, que consiste sencilla y paradójicamente en una actitud particular de honestidad por cuenta de cada ciudadano. Los miembros del cartel narcoterrorista están hoy muertos o encarcelados. Ninguno puede disfrutar de las inmensas riquezas que la droga le depuso. Su vida nada envidiable reconfirma el principio de que lo único rentable es la honestidad. Por ese boquete la juventud proclive al ascenso material rápido, podría reencontrar el camino de los valores perdidos.

DARIO RESTREPO VÉLEZ





JOSE MIGUEL GOMEZ

28. Estas imágenes de la navidad están desapareciendo del país.



DIEGO TABORDA

70. Gabriel Campeón, el Juan Valdés de los indígenas caldenses.

- 3 CARTA DEL DIRECTOR**
- 6 ENTRE NOSOTROS**
- 8 SIETE DIAS**

ESTE PAIS

- 14 LA DIASPORA.** El Gobierno no permitirá que desde las cárceles se reactive el cartel. Una semana sin Pablo Escobar.
- 18 EN EL AIRE.** Volar se ha convertido en Colombia en una misión imposible y suicida. El trancón aéreo coge vuelo.
- 22 ROBAINA.** El canciller cubano representa la vanguardia de la Revolución. Entrevista exclusiva con CAMBIO16.
- 25 AZUL ROSA.** Cinco candidatos conservadores, azules hasta la médula, están destiñéndose con la campaña presidencial.
- 26 VIENDOLO BIEN.** El Cambio no se detiene. Por Patricia Lara.

SOCIEDAD

- 28 NAVIDAD.** La invasión de Santa Claus, los merry christmas y la nieve de icopor. El Niño Dios corre peligro.
- 30 LA ERA DE ACUARIO.** El hombre empieza a ver otras realidades que están más allá de sus cinco sentidos.
- 34 LA PRESA.** Janet Uribe de Pombo denuncia la discriminación sexual de las cárceles colombianas.

PORTADA

- 37 DROGA ¿LEGAL O ILEGAL?**
El jefe del cartel de Medellín está muerto pero el negocio y la rumba de la droga continúan como si nada. Su prohibición sólo ha dejado muertos en los países suramericanos y millones de dólares guardados en los bancos de todo el mundo. Es hora de estudiar su legalización. La otra cara de la moneda: los regenerados se oponen. Hablan dos Nobel, Gabriel García Márquez y Milton Friedman; un escritor Fernando Savater; y el Fiscal y el Presidente de Colombia. CAMBIO16 trae un manifiesto para que lo firmen quienes están a favor de la legalización. El debate apenas comienza.

INTERNACIONAL

- 60 BLANCO Y NEGRO.** El largo camino de Sudáfrica hacia el gobierno multirracial. El apartheid pierde terreno.
- 64 EL PRI NO SE RAJA.** El partido en el poder ya escogió al próximo presidente de los mexicanos.
- 66 VENEZUELA.** El bipartidismo comienza a resquebrajarse.

ECONOMIA

- 70 EL AROMA DEL CAFE.** El café orgánico del Valle, el cultivado por los indígenas de Caldas y las fincas cafeteras convertidas en hosterías del Quindío, sacan la cara por el producto insignia del país que se encuentra en crisis.

CULTURA

- 76 NUESTRA PELICULA.** La cinta de Luis Ospina sobre la vida de Lorenzo Jaramillo muestra el triunfo de la vida sobre la muerte desde la óptica de un moribundo afectado por el sida.
- 78 ESTAMPILLAS.** Antonio Caro un artista fuera de serie.

PERSONAL

- 87 PERFIL.** Paola Cosme, una sardina muy rápida bajo el agua.
- 88 DOCUMENTAL.** Territorios Negros, una Travesía más.
- 90 RESEÑA.** Jazz en Cartagena, libros de historia y diplomacia.
- 92 CARAS.** La modelo más cotizada del país se casó en Ecuador.
- 97 HUMOR.** Juan Ballesta.
- 98 ULTIMA PAGINA.** Por Antonio Caballero.

Siempre es bueno un Cambio



PATRICIA LARA

CAMBIO16 Colombia ya pesa en la toma de decisiones. Ya tiene que resistirse a las presiones. Ya recibe amenazas

CAMBIO16 COLOMBIA ACABA DE CUMPLIR seis meses. Con sólo medio año de vida se ha convertido en una de las principales revistas de opinión del país. Ya pesa en la toma de decisiones. Ya recibe visitas intempestivas de ministros y altos funcionarios. Ya tiene que resistirse a todas las presiones —políticas, económicas, de amigos—. Ya recibe amenazas. (Si ello no ocurriera no estaríamos bailando a ritmo de Colombia).

CAMBIO16 es un medio independiente que busca desnudar la realidad para entregarles a sus lectores su único producto: la verdad. Ello no significa que no erremos. Humano es equivocarse. Pero si cometemos errores estamos listos a rectificarlos. Sin embargo, procuramos equivocarnos lo menos posible: somos estrictos en la descripción de los hechos y en la verificación de los datos.

En sólo seis meses hemos ganado dos primeros premios: el de periodismo ecológico otorgado por el Círculo de Periodistas de Bogotá a Armando Neira por su informe sobre los cóndores, emblema de Colombia en extinción; y el premio Simón Bolívar de fotografía dado a William Torres por su retrato del fiscal De Greiff. María Cristina Caballero, que ahora se entrena en la redacción de *Time* en Washington y se reintegrará a CAMBIO16 el mes entrante, también recibió una mención «Simón Bolívar» por su reportaje al Fiscal.

El equipo, inspirado en los principios de independencia, defensa de la libertad e irreverencia ante el poder pregonados por Juan Tomás de Salas y defendidos por nosotros, estuvo asesorado inicialmente por ese maestro del oficio que es Daniel Samper y ha sido dirigido siempre por Darío Restrepo Vélez.

En su corta vida, CAMBIO16 Colombia ha hecho denuncias importantes: los vínculos de Roberto Soto —ahora preso en Fráncfort por narcotráfico, antes conocido por el robo de 13 millones de dólares— con un antiguo embajador; las intrigas de Beatriz Canal de Barco para conservar privilegios diplomáticos que no le correspondían, a los cuales finalmente renunció por las revelaciones de esta revista; la participación en la masacre de 13 personas en Riofrío (Valle del Cauca) del coronel Becerra que por la denuncia de CAMBIO16 Colombia fue investigado y separado de su cargo; el contrabando de fauna y de pieles colombianas hacia Estados Unidos y Europa; la reutilización de agujas infectadas de sida en el hospital Ramón González Valencia, de Bucaramanga; la violencia de todo orden contra las mujeres y los niños; la crisis de la Iglesia que ahora tiene que afrontar el drama de curas con hijos, casados o muertos de sida; el reencauche de los auxilios parlamentarios; el racismo contra los negros puestos de moda por CAMBIO16 Colombia; el auge del delito común...

Lo anterior se ha logrado gracias a la mística de un equipo calificado, dirigido por un periodista de tiempo completo que se inició como corresponsal de *Caracol* en Pasto; pasó por la redacción de

El Tiempo hasta convertirse en jefe de su sección política; dirigió un noticiero de televisión; fue editor de *Semana* y ancló como director de CAMBIO. A Restrepo (*el Tocayo*) lo acompaña un equilibrio que gracias al yoga conserva imperturbable. Es un tipo extraño que cierra pliegos a las dos de la mañana y a las seis y media ya no está en su casa porque se ha ido al gimnasio. Es una mezcla rara de antiguo revoltoso que ahora monta bicicleta con el Presidente; espera una cita leyendo a Plutarco porque siempre lleva en su mochila el libro de un clásico; o maneja un campero con pinta de mafioso en cuyo equipo de música suena de pronto un laúd que interpreta piezas de la Edad Media. A Restrepo le han ayudado en la jefatura de redacción, primero Héctor Rincón, el *Zorro*, periodista brillante y amigo de marras, y después Eduardo Arias, biólogo, *rockero* y tímido, libretista de Zoociedad que escribe como los ángeles.

Falta Antonio Caballero. Desde los años sesenta pertenece al equipo de CAMBIO16. Su pluma magistral deja huella cada semana. Y por ella —también casi cada semana— los directivos de la revista recibimos regaños de personas que nos culpan por el contenido de su columna, porque no entienden que ella sea autónoma y pase a impresión sin modificaciones. Por lo general la leemos publicada: Caballero no está sujeto a censura. Ni lo estará.

A este gran equipo se ha unido, desde la gerencia, otro amigo: un viejito neurasténico pero adorable, que trabaja por cariño y que ha sido presidente de *RTI*, gerente del noticiero *NTC* y editor de *Cromos*. Es Guillermo Cortés Castro a quien, para aumentar el zoológico inaugurado por el *Zorro*, le decimos la Chiva. Con él esta publicación ha alcanzado su mayoría de edad. Después de haber sido administrada por un joven imaginativo —Julio César Torres— que ahora desarrolla los proyectos especiales, la revista CAMBIO16 Colombia, gobernada por *la Chiva*, puede afirmar que a los seis meses de vida superó en ventas el pronóstico proyectado para el quinto año. En suscripciones llegó en seis meses al punto que la competencia alcanzó en siete años. Los publicistas la consideran ya un medio eficaz para anunciar sus productos. Y su buen desempeño económico le ha permitido regalarles a sus suscriptores de Navidad la colección de 16 discos compactos de los principales clásicos de la música, sin que por ello queden atados a la aburrida renovación automática.

CAMBIO16 Colombia, compañía integrada de un lado por una multinacional con sede en América y capital aportado por españoles, venezolanos y colombianos, y de otro por socios que representan intereses exclusivamente nacionales, es ya una realidad periodística y empresarial.

Pero, lo más importante, es que ante todo somos un equipo de amigos.

¡Feliz Navidad y Próspero Cambio!

DROGA

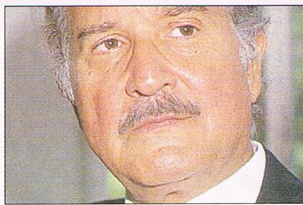
¿LEGAL?

El debate está abierto.

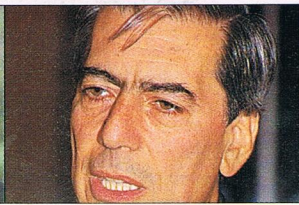
Hace dos semanas el presidente de la República y el Fiscal General de la Nación pusieron sus cartas sobre la mesa: el primero es una voz en contra de la legalización de las drogas y el segundo una voz a favor. Hoy, muerto Pablo Escobar tras una costosa y sangrienta guerra de diez años, resulta más útil y oportuno que nunca airear el debate.

CAMBIO16 siempre ha defendido la legalización. Ahora, con base en una ponencia del premio Nobel Gabriel García Márquez, ha organizado desde España una recogida de firmas en apoyo de esa posición.

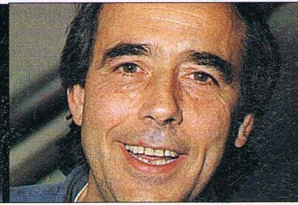
En las siguientes páginas aparecen ensayos de Gabo, Antonio Caballero, Fernando Savater y Milton Friedman. También los planteamientos del Presidente y el Fiscal, más una serie de testimonios de colombianos que han superado la drogadicción y que, quizá por haber estado en ese infierno, se oponen rabiosamente a la legalización.



Carlos Fuentes.



Mario Vargas Llosa.



Joan Manuel Serrat.



Carmen Rico-Godoy.

DROGA LEGAL

ANTONIO CABALLERO

EL FRACASO DE LA POLÍTICA DE REPRESIÓN de las drogas es de tal modo evidente, que en los últimos tiempos se han multiplicado en todas partes los debates sobre otras posibles soluciones. CAMBIO16, que lleva ya años comprometido con la posición de que la represión no es el remedio, sino por el contrario la causa principal de que exista un problema de drogas, prosigue ahora esa campaña presentando un proyecto de manifiesto por su legalización. Se trata de un texto del premio

Nobel de Literatura Gabriel García Márquez, enviado por él a un debate organizado por la Procuraduría mexicana, y que está siendo suscrito por personas de la más variada condición: economistas, cantantes, escritores, filósofos, profesores de Derecho, geógrafos, antropólogos, arquitectos. En el mismo sentido, publicamos en esta revista un artículo del filósofo Fernando Savater y una ponencia del premio Nobel de Economía Milton Friedman.

Gente muy heterogénea, como puede verse. Y es posiblemente en los últimos 20 años la primera vez en que están de acuerdo sobre un mismo tema Mario Vargas Llosa y García Márquez, para no hablar de Friedman. Pero no sólo ellos, sino además los geógrafos, los arquitectos, los cantantes, etc. ¿Qué tienen en común todos ellos? Significativamente, tienen en común no lo que son, sino lo que no son: no son ni narcotraficantes ni banqueros ni miembros de ningún gobierno.

Es decir, no pertenecen a ninguna de las minorías que sacan provecho directo de la prohibición de las drogas, en dinero o en poder. Y en consecuencia tienen la capacidad de juzgar desinteresadamente el resultado de décadas de prohibición, y

de concluir que ésta no sólo no ha resuelto el problema de las drogas, sino que además causa daños mucho mayores que los de las drogas mismas, y que se suman a ellos. Y entre esos daños mayores hay que contar, claro está, el provecho en dinero y en poder que le sacan a la prohibición las tres minorías mencionadas: narcos, bancos y gobiernos.

El provecho de los narcos está claro. Sin la prohibición su negocio no valdría casi nada; gracias a ella, es el mejor negocio del mundo. Y también están claros los daños colectivos que se derivan de que los narcos sean ricos y poderosos.

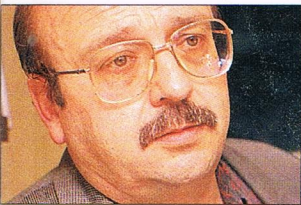
El interés de los bancos también está bastante claro. Las drogas mueven anualmente billones de dólares, que se lavan a través de los bancos: de todos los bancos. Que ese volumen de dinero pase por los bancos puede ser malo o bueno: ésa es otra discusión; pero hasta los mismos gobiernos preferirían sin duda que fuera dinero limpio (los banqueros tal vez no).

Pero si los motivos por los cuales narcos y banqueros son amigos de la prohibición saltan a la vista, los de los gobiernos son menos evidentes. Y sin embargo son los que importan, pues son los gobiernos quienes mantienen la prohibición. Son menos evidentes porque los disfrazan detrás de una retórica moralista como detrás de una cortina de humo, y es necesario primero apartar la cortina y desmontar la retórica para ver cuáles son los intereses reales, nunca explícitos: porque si siempre es útil para un gobierno ser cínico, nunca es bueno parecerlo.

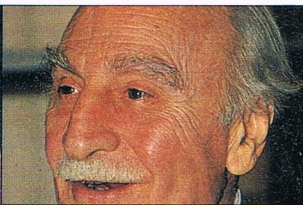
Los gobiernos —todos los gobiernos: el teocrático de Irán, el comunista de China, el democrático de Estados Unidos y todas las variedades intermedias— dicen prohibir las drogas por razones de moral y salud pública. Porque las drogas son malas. Y llevan décadas propalando la doctrina de que, como son malas, prohibirlas es bueno, sean cuales fueren los resultados: esos resultados catastróficos que vemos totalmente malsanos en el terreno de la salud y reueltamente inmorales en el de la moral. En el primero, la multiplicación de los adictos a las drogas, el crecimiento de las muertes por sobredosis (droga adulterada) o por sida (transmisión entre adictos marginados). En el segundo, la proliferación de pequeños delincuentes que necesitan financiar su costosa adicción, la corrupción de jueces, policías, ejércitos, países enteros. Pero detrás de lo que dicen, los intereses que tienen los gobiernos en mantener la prohibición son tan claros como los de los narcos y banqueros. Y es natural, es que son los mismos: dinero y poder.



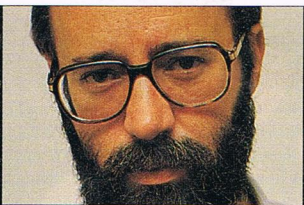
La represión ha fracasado.



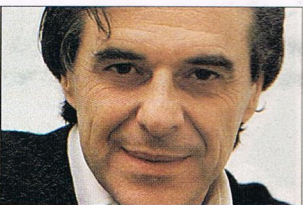
Manuel Vázquez Montalbán.



Francisco Ayala.



Antonio Caballero.



Ricardo Bofill.

Dinero: indirectamente a través de los bancos; o directamente, por el tráfico mismo, que brinda una manera cómoda de financiar esas operaciones secretas y «sucias» a que tan aficionados son todos los gobiernos: desde pagar con droga a informantes de la Policía hasta costear una guerra prohibida por el Congreso, como hizo el ex presidente norteamericano George Bush en Nicaragua. Y poder: poder sobre los propios ciudadanos —esas tremendas leyes antidroga que brotan en todos los países—, y poder, para los países grandes, de intervención «legítima» en los

asuntos de los más débiles. También el ejemplo más claro lo brinda Estados Unidos, principal campeón de la represión de las drogas, que justificó con ella la invasión a Panamá.

Pues lo más inmoral de la prohibición es que sirve para disfrazar de moralidad los intereses de dinero y poder que ella misma genera. Es el refinamiento final del concepto de «opio del pueblo». Resulta fascinante que se haya llegado ahí: la prohibición del opio es hoy el verdadero opio del pueblo. Y esa es la droga de la que la sociedad está por fin empezando a despertar. ■

Apuntes para un Debate Nuevo sobre las Drogas

GABRIEL GARCIA MARQUEZ, premio Nobel de Literatura

CREO QUE EL PRIMER PASO PARA UNA SOLUCIÓN realista del problema de las drogas en el mundo es reconocer el fracaso de los métodos con que se está combatiendo. Son esos métodos, más que la droga misma, los que han causado, complicado o agravado los males mayores que padecen tanto los países productores como los consumidores.

Ha habido tiempo de sobra para comprobarlo. En realidad esos métodos fueron impuestos por el presidente norteamericano Ronald Reagan en 1982, cuando proclamó la cocaína como uno de los Satañes más útiles para su política de seguridad nacional, y le declaró la guerra armada. El presidente George Bush había de continuarla, y de llevarla a sus extremos con las tentativas constantes de involucrar a Cuba en el tráfico de drogas y la invasión a Panamá para secuestrar al general Manuel Antonio Noriega. Al cabo de 11 años hay razones de sobra para creer que ambos presidentes sólo pensaban en los intereses de sus gobiernos y que su guerra contra la droga no ha sido mucho más que un instrumento de intervención en América Latina, como tantas veces lo han sido ciertas ayudas económicas y humanitarias, o la defensa de los derechos humanos.

En Colombia la primera acción de esa guerra fue revitalizar un tratado de extradición que había sido firmado entre los dos países años atrás para combatir el cultivo y tráfico de marihuana, y que nunca se había puesto en práctica. Al mismo tiempo, la embajada norteamericana en Bogotá empobreció la lengua castellana con un neologismo: *narcoguerrilla*.

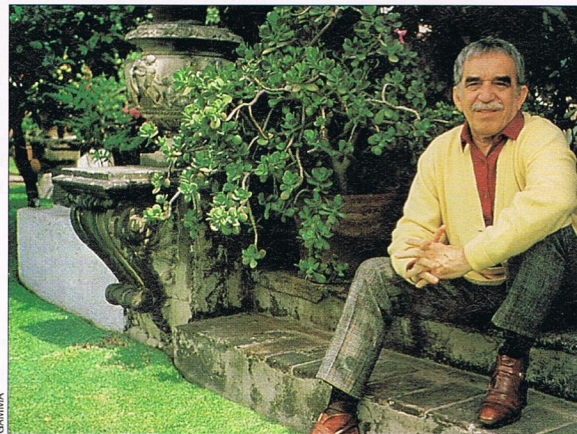
Con esa divisa publicitaria, y a la sombra de aquel tratado, Estados Unidos podía demostrar que narcotraficantes y guerrilleros eran la misma cosa, y por consiguiente podía mandar tropas a Colombia con el pretexto de combatir a los unos y apresar a

los otros. Llegado el caso, cualquier colombiano podía ser extraditable.

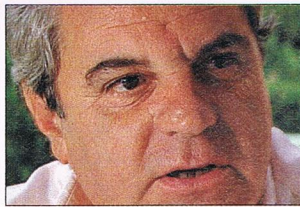
La guerra contra la droga entró de inmediato en contradicción con la política de paz del nuevo presidente de entonces, Belisario Betancur, que inauguró su Gobierno con una propuesta de perdón y olvido a las guerrillas. Fue un soplo de esperanza para los anhelos de paz de una nación castigada por una guerra interna de más de 30 años.

Los traficantes de cocaína, contra quienes no había aún cargos graves, se apresuraron a responder sin ser llamados. Ofrecieron al nuevo Gobierno retirarse del negocio, dismantelar sus bases de procesamiento y comercialización de la cocaína, repatriar sus enormes capitales e invertirlos en el país con todas las de la ley. Ni siquiera aspiraban a la amnistía general propuesta por el Gobierno a las guerrillas. Sólo querían ser juzgados en Colombia sin que les fuera aplicada la extradición. El presidente Betancur, en privado, consideró que la propuesta era estudiable dentro de su política de paz.

Toda posibilidad de acuerdo fracasó en el embrión, por un sabotaje evidente que lo descalificó antes de tiempo e intimidó a la opinión pública con versiones alarmistas. Nadie puso en duda que detrás de aquel fracaso fulminante estaban los intereses de Estados Unidos, pero el Gobierno de Colombia se vio obligado a negar cualquier participación en el acuerdo. La única opción contra la droga, a partir de entonces, fue la guerra santa del presidente Ro-



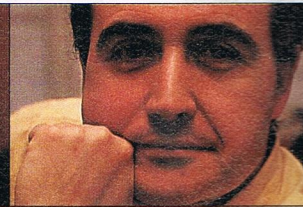
La polémica sobre la droga no debería seguir atascada entre la guerra y la libertad, sino agarrar el toro por los cuernos de la legalización



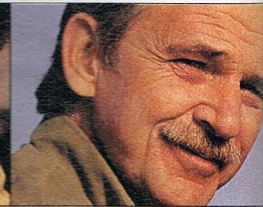
Juan Marsé.



Pilar Miró.



Vicente Molina Foix.



Antonio Escohotado.

nald Reagan. Los sucesivos gobiernos de Colombia impidieron el envío de tropas norteamericanas para luchar al mismo tiempo contra el tráfico y las guerrillas. Pero la intolerancia se impuso sobre cualquier otra alternativa. El resultado, al cabo de 11 años amargos, es la delincuencia a gran escala, el terrorismo ciego, la industria del secuestro, la corrupción generalizada, y todo ello dentro de una violencia sin precedentes. Una droga más perversa que las otras se introdujo en la cultura nacional: el dinero fácil, que ha fomentado la idea de que la ley es un obstáculo para la felicidad, que no vale la pena aprender a leer y a escribir, que se vive mejor y más seguro como sicario que como juez. En fin, el estado de perversión social propio de toda guerra.

Los países consumidores, por supuesto, sufren por igual las graves consecuencias de esa guerra. Pues la prohibición ha hecho más atractivo y fructífero el negocio de la droga, y también allí fomenta la criminalidad y la corrupción a todos los niveles.

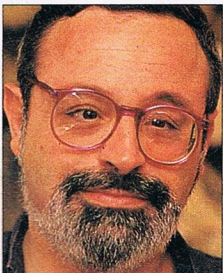
Sin embargo, Estados Unidos se comporta como si no lo supiera. Colombia, con sus escasos recursos y sus millares de muertos, ha exterminado numerosas bandas y sus cárceles están repletas de delincuentes de la droga. Por lo menos cuatro capos de los más grandes están presos y el más grande de todos se encuentra acorralado. En Estados Unidos, en cambio, se abastecen a diario y sin problemas 20 millones de adictos, lo cual sólo es posible con re-

des de comercialización y distribución internas muchísimo más grandes y eficientes. Sin embargo, ni un policía de Estados Unidos está preso por tráfico de droga, ni un guardia de aduana ni un vendedor callejero, y ningún capo ha sido identificado.

Puestas así las cosas, la polémica sobre la droga no debería seguir atascada entre la guerra y la libertad, sino agarrar de una vez al toro por los cuernos y centrarse en los diversos modos posibles de administrar la legalización. Es decir, poner término a la guerra interesada, pernicioso e inútil que nos han impuesto los países consumidores y afrontar el problema de la droga en el mundo como un asunto primordial de naturaleza ética y de carácter político, que sólo puede definirse por un acuerdo universal con Estados Unidos en primera línea. Y, por supuesto, con compromisos serios de los países consumidores para con los países productores. Pues no sería justo, aunque sí muy probable, que quienes sufrimos las consecuencias terribles de la guerra nos quedemos después sin los beneficios de la paz. Es decir: que nos suceda lo que a Nicaragua, que en la guerra era la primera prioridad mundial y en la paz ha pasado a ser la última. ■

Ponencia enviada (antes de la muerte de Escobar) por el autor al ciclo «La Procuración de Justicia: problemas, retos y Perspectivas», organizado en México.

Seducción por lo Prohibido



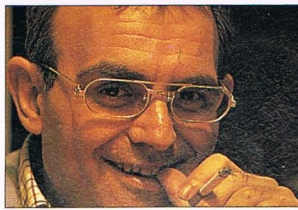
FERNANDO SAVATER, filósofo y escritor

DE LOS MÁS GRAVES PROBLEMAS QUE TIENE nuestra sociedad, sólo dos pueden ser directamente resueltos por la autoridad. Y ello por la sencilla razón de que ambos problemas vienen causados por un abuso de la autoridad en su ejercicio político. El primero es el problema de los objetores de conciencia e insumisos al servicio militar obligatorio, que puede resolverse (y no puede resolverse de ningún otro modo) convirtiendo el servicio militar en una opción profesional como cualquiera de las demás. El segundo es el problema de las drogas ilegales, con sus males concomitantes de *gangsterismo*, adulteración, sobredosis, seducción suicida por lo prohibido, etc... que puede resolverse (y no puede resolverse de ningún otro modo) si dichas sustancias son despenalizadas. El servicio militar obligatorio creará problemas mientras sea obligatorio, no por ser militar; las drogas ilegales seguirán siendo un problema insoluble mientras sean ilegales, no por ser drogas.

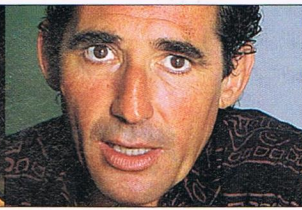
En nombre del «peligro» de las drogas, los gobiernos llevan a cabo desde hace décadas una serie de espectaculares abusos contra los ciudadanos: abusos de control, de propaganda, de penalización

de la intimidad hasta agresiones internacionales de corte bélico. El verdadero *abuso* referido a las drogas es el que cometen quienes las proscriben, no quienes las toman. Por supuesto cuentan con la complicidad de la parte peor informada, más tímida o más reaccionaria de la población internacional, tanto de derechas como de izquierdas. Son los mismos, por lo general, que con mayor alharaca dicen preocuparse por los males que sufre la juventud descarriada de nuestros días, mientras mantienen una legislación que causa más muertes y desvarios morales entre los jóvenes que cualquier otra disposición social.

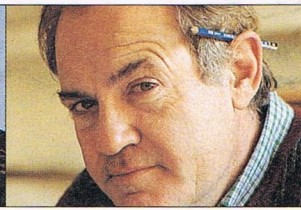
Pero todo esto es ya tan sabido que casi da un poco de vergüenza seguir repitiéndolo. Lo único que disipa ese azoro es que los causantes del problema no sientan vergüenza en seguir repitiendo sus ineptas fórmulas que no hacen más que reforzarlo y agravarlo. Quien desee reflexionar sobre este desafío insistente a la democracia liberal puede consultar los espléndidos libros de Thomas Szasz titulados *Nuestro derecho a las drogas* (Anagrama) y *Droga y ritual* (Fondo de Cultura Económica). Son obras que no sólo afrontan la cuestión de las drogas sino consideraciones más importantes sobre lo que es la libertad y la responsabilidad en la sociedad moderna. ■



Terenci Moix.



Miguel Ríos.



Juan Ballesta.



Antonio Gala.

Para vivir en una sociedad

MILTON FRIEDMAN, premio Nobel de Economía

SOY ECONOMISTA DE PROFESIÓN, PERO LAS razones que me llevan a inclinarme por la legalización de la droga no son, de ninguna manera, económicas. La prohibición de las drogas es un proceso costoso en términos económicos, pero para un país rico ése es un problema secundario.

La razón principal por la cual me opongo a la prohibición de las drogas es de orden moral. Pienso que prohibir su uso es una actitud altamente inmoral por parte de un Estado. Y con Colombia se ha producido una inmensa inmoralidad. Estados Unidos está imponiéndole un enorme costo a Colombia, Perú y otros países, asesinando literalmente a miles y miles de personas, y todo eso sólo porque no podemos fortalecer nuestras propias leyes. Por esa razón acabamos con miles de vidas, y ponemos a esos países en una situación en la cual no pueden mantener verdaderas democracias. ¿Cómo se puede justificar? Le he hecho esa pregunta a mucha gente, y hasta ahora no he encontrado la primera respuesta satisfactoria.

Pero la inmoralidad no está únicamente en lo que hacemos en países extranjeros. También está en casa. Para empezar, ¿cómo puede un gobierno decirme lo que puedo o no ingerir? Somos supuestamente una sociedad libre, donde cada uno es responsable de sí mismo. Aquí el Gobierno no es dueño de mí. Si hago algo que me hace daño, no tiene derecho a detenerme, como no tiene derecho a decirme que no tengo derecho a comer carne, aunque todos sepamos que un elevado consumo de grasa puede causar enfermedades.

Incluso personas que no están de acuerdo con mis puntos de vista éticos y que originalmente apoyaban la prohibición, coinciden conmigo en el sentido de que la prohibición ocasiona más daño del que causa la droga. Y si vamos a hablar de los

estragos que causa, no el consumo, sino la prohibición, tomemos en cuenta que el Gobierno estadounidense gasta entre 20.000 y 30.000 millones de dólares anuales para impedir que las personas la consuman. La sola prohibición origina un sinnúmero de crímenes que causan miles de víctimas inocentes. Y, sin embargo, las únicas víctimas verdaderamente inocentes de consumo —y no de la prohibición— de drogas son, probablemente, los hijos de las madres adictas al crack.

Es más: al criminalizar la droga y las actividades que con ella se relacionan, lo único que se está logrando es hacer costosa la distribución de droga. El resultado es un alza en el precio, y eso hace sumamente caro para la gente mantener el consumo. Por ello los adictos terminan convirtiéndose en criminales, pues es la única manera de conseguir dinero suficiente para obtener su dosis.

Y probablemente lo más triste del asunto sea que quienes se benefician en mayor medida con la prohibición sean los propios carteles, que gracias a ese sistema son protegidos de la competencia. La prohibición hace del negocio algo altamente peligroso, y por cuenta de esos riesgos toda la actividad termina por quedarse en las manos de quienes tienen las organizaciones más grandes y preparadas: los carteles.

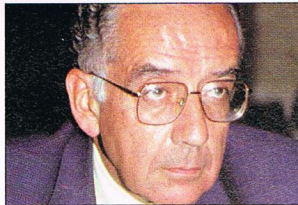
Y ahí no paran los perjuicios de esta situación. En EE.UU., el grueso de la distribución está a cargo de menores de edad. La razón para que ello ocurra es muy sencilla: nuestras leyes son mucho menos severas con los jóvenes que con los adultos, y quienes dirigen la industria de la droga encuentran mucho más ventajoso contratar adolescentes.

Por si esto fuera poco, la prohibición aumenta increíblemente las ganancias del negocio. Eso lleva a la violencia en las calles por el control de la distribución, desencadena la corrupción de la administración pública cuando los traficantes tratan de comprar a los funcionarios, e igualmente lleva a una corrupción cubierta de legalidad, que se produce cuando la DEA (Agencia estadounidense antidroga) allana y decomisa las propiedades sin pasar por los trámites judiciales de rigor. En fin, no podemos sino concluir que por tratar de evitar que se consuman ciertas sustancias, por la llamada guerra contra las drogas, hemos llegado a escenarios peores que los que se producirían si las personas pudieran consumir libremente. ■

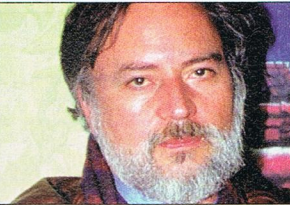


GAMMA

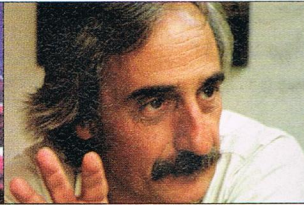
¿Cómo puede un gobierno decirme lo que puedo o no ingerir? Somos una sociedad libre, donde cada uno es responsable de sí mismo, y el Gobierno no es dueño de mí



Enrique Gómez Hurtado.



Humberto Dorado.

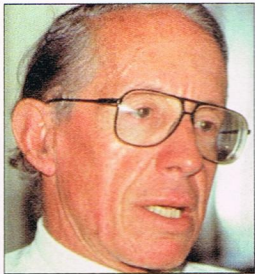


Alfredo Molano.



Victor Laignelet.

Una lucha fracasada



GUSTAVO DE GREIFF, Fiscal General de la Nación

EN BALTIMORE SE REUNIERON CONCEJALES, jefes de Policía y alcaldes y parlamentarios de 27 países consumidores y de ciudades que han conformado una cadena para la reducción de las consecuencias del consumo de drogas.

Decidieron proporcionar a los adictos a la heroína, agujas hipodérmicas, no penalizar la dosis personal, proporcionar metadona a los cocainómanos y señalar sitios para permitir el expendio de pequeñas cantidades de droga controlando el precio.

La lucha contra las drogas, en la forma como está planteada, es una lucha fracasada porque mientras no se combatan los dos extremos: producción y tráfico y consumo, y no cese el apetito de las sociedades industrializadas por las drogas, el precio será alto en los países desarrollados. Un kilo de cocaína cuesta 50 dólares en países de tráfico y se vende por 5.000 ó 10.000 dólares y así siempre habrá alguien dispuesto a correr el riesgo del negocio ilegítimo.

Nosotros matamos al señor Rodríguez Gacha y

no ha pasado nada. Ahora el consumo se está despenalizando, y no nos pueden decir que sigamos poniendo los muertos, si ellos no están haciendo nada contra el consumidor. La represión es acertada siempre y cuando los países industrializados combatan el consumo. Me parecería monstruoso continuar con la situación actual para que alguien, haciendo un chiste grotesco, diga que hay que continuar la batalla hasta que muera el último combatiente... el último de los colombianos.

Yo estoy de acuerdo con la experiencia de ciudades como New Haven, porque si se ha producido una disminución en el consumo y una reducción de los índices de criminalidad relacionados con drogas, algo bueno hay en esa política.

Según el jefe de Policía de la misma ciudad, sólo en el último año, estas políticas han llevado una reducción del 40 por ciento en el número de asesinatos relacionados con las drogas y de un 70 por ciento en el índice de los asaltos cometidos por individuos bajo el influjo de narcóticos. ■

Aportes de entrevista concedida a El Tiempo

Un debate dañino



CESAR GAVIRIA TRUJILLO, Presidente de la República

EN OTRAS OCASIONES HE EVITADO ENTRAR en la discusión teórica y argumental sobre las supuestas bondades de una supuesta legalización de la droga como terapia para resolver el problema del narcotráfico. Ese es un debate académico que está lejos de tener alguna relevancia en la formulación real de las políticas antinarcóticos en Colombia o en el mundo. Incluso, me ha parecido dañino —por la sensación derrotista y tolerante que dejan esas teorías— que quienes tenemos la responsabilidad de aplicar con firmeza la ley nos adentremos en disquisiciones que no pasan de ser un mero ejercicio intelectual y especulativo.

Porque mientras para algunos el narcotráfico es un problema de criminalidad y salud pública, para nosotros es un problema de terrorismo, seguridad del Estado y supervivencia de la democracia.

Pero hay que subrayar, señor Fiscal, que ni los Estados Unidos ni el mundo están marchando hoy hacia la permisividad, la despenalización parcial o la legalización de drogas tan peligrosas como la cocaína o la heroína. Por el contrario. El Congreso de los Estados Unidos, con el pleno apoyo de la Casa Blanca, acaba de aprobar un nuevo programa contra el crimen, que se convertirá en ley el año

entrante, el cual endurece y fortalece todos los componentes penales, judiciales y represivos de la lucha contra el crimen y contra las drogas. Mal haríamos nosotros en apoyar nuestra política antidrogas en el supuesto equivocado de que el mundo se encuentra en estampida hacia la legalización del tráfico de drogas, porque lo único que lograríamos sería desmoralizar a quienes están en el frente de batalla y desalentar a una sociedad que después de muchos sacrificios está por fin viendo luz al final del túnel de la impunidad y la violencia.

Ciertamente, mientras exista el incentivo de grandes ganancias habrá quienes estén dispuestos a correr el riesgo de incurrir en prácticas delictivas como el tráfico de cocaína. Es por ello por lo que es difícil derrotar para siempre y de manera definitiva, a crímenes que, como el secuestro o el narcotráfico, generan grandes dividendos económicos. Pero se puede desalentar a los criminales demostrándoles firmeza, acorralándolos con una justicia fuerte, con la certeza del castigo, con el riesgo para sus vidas y para su tranquilidad, que les acarrea el persistir por el camino del mal en una sociedad dispuesta a desterrar la impunidad. ■

Aportes de la carta de respuesta a las declaraciones del Fiscal

Algunas Firmas de ADHESION

Escritores e intelectuales.

Carlos Fuentes, Carlos Monsiváis, Antonio Escohotado, Fernando Sánchez Dragó, María Mercedes Carranza, Fernando Savater, Manuel Vázquez Montalbán, Rafael Humberto Moreno Durán, Terenci Moix, Leopoldo Alas, Antonio Gala, Francisco Ayala, Juan Marsé, Héctor Aguilar Camín, Roger Bartra, Enrique Krauze, Vicente Molina Foix, Iván Restrepo, Jaume Reixach.

Profesores.

Antonio Viader, Oriol Romaní, Encarna Bodelón, José Díaz Calzada, Roberto Bergalli, Eudald Carbonell, Yolanda Bodoque, Andreu Recasens, Eduardo Kingman-Garcés, Josep Oliveras, Iñaki Rivera, Manuela C. Brunet, Joan Prat, Joan J. Pujadas.

Arte y Espectáculos.

Joan Manuel Serrat (Cantautor), Raimón (Cantautor), Ciro Durán (Cineasta), Miguel Ríos (Cantante), Guillermina Mota (Cantante), Josep María Flotats (Actor), Pilar Miró (Directora de cine), Ricardó Bofill (Arquitecto).

Políticos.

Mario Onaindía (Senador PSE-EE), Angel Colom (Secretario General ERC), Javier Bosch (secretario de la Mesa del Parlamento de Cataluña), Ana Miranda (europarlamentaria del PSOE).

Periodistas.

Juan Tomás de Salas, Angeles Caso, Carmen Rico-Godoy, Antonio Caballero, Patricia Lara, Román Orozco, Ander Landaburu, Juan Ballesta, Daniel Samper.

MANIFIESTO a favor de la Legalización de las Drogas

Este texto de **GABRIEL GARCIA MARQUEZ**, premio Nobel de Literatura, es asumido por **CAMBIO16** como un manifiesto a favor de la legalización de las drogas

LA PROHIBICIÓN HA hecho más atractivo y fructífero el negocio de la droga y fomenta la criminalidad y la corrupción a todos los niveles.

Sin embargo, los Estados Unidos se comportan como si no lo supieran. Colombia, con sus escasos recursos y sus millares de muertos, ha exterminado numerosas bandas y sus cárceles están repletas de delincuentes de la droga. Por lo menos cuatro capos de los más grandes están presos y el más grande de todos se encuentra acorralado.

En Estados Unidos, en cambio, se abastecen a diario y sin problemas 20 millones de adictos, lo cual sólo es posible con redes de comercialización y distribución internas muchísimo más grandes y eficientes.

Puestas así las cosas, la polémica sobre la droga no debería seguir atascada entre la guerra y la libertad, sino agarrar de una vez al toro por los

cuernos y centrarse en los diversos modos posibles de administrar la legalización.

Es decir, poner término a la guerra interesada, perniciosa e inútil que nos han impuesto los países consumidores y afrontar el problema de la droga en el mundo como un asunto primordial de naturaleza ética y de carácter político, que sólo puede definirse por un acuerdo universal con los Estados Unidos en primera línea.

Y por supuesto, con compromisos serios de los países consumidores para con los países productores.

Pues no sería justo, aunque sí muy probable, que quienes sufrimos las consecuencias terribles de la guerra nos quedemos después sin los beneficios de la paz.

Es decir: que nos suceda lo que a Nicaragua, que en la guerra era la primera prioridad mundial y en la paz ha pasado a ser la última.

Enrique Gómez, político; Humberto Dorado, actor; Alfredo Molano, sociólogo; y Víctor Laignelet, pintor, expresaron, en Colombia su acuerdo con la legalización. Para suscribir este manifiesto pueden escribir a **CAMBIO16: Calle 106 No. 20A-22 Bogotá.**

A la salida del inf

La otra guerra: mediante técnicas de confrontación agresiva, la Fundación Pida Ayuda está sacando a decenas de colombianos de la adicción a las drogas

PATRICIA LARA

LA HISTORIA COMENZO CUANDO Simón Meckler, generoso bogotano de 42 años, hijo de polacos judíos, tocó fondo: permaneció tres años entre un baño, dopado por la droga.

Había estudiado ingeniería mecánica en la Universidad de los Andes, de donde lo botaron por revoltoso. Pero conservó sus amigos. Y fueron ellos y su madre quienes se empeñaron en rescatar su vida y la de 161 alcohólicos y drogadictos que en cuatro años se han recuperado gracias a la obra de Meckler, la «Fundación Pida Ayuda». El 5 de agosto de 1986, Meckler se internó en el «Palm Beach Institute» (PBI), para rehabilitación de drogadictos. Allí, terapeutas que eran adictos recuperados, lo sometieron a violentas terapias de confrontación que desnudan el alma y la ponen frente a uno mismo, como reflejada en un espejo donde se miran sin piedad todas las imperfecciones y defectos.

Es la conciencia de la miseria propia, con toda la carga de culpa que el enfermo pueda sentir, la que impulsa la recuperación. El tratamiento duró 28 días. «Llevar 28 días sin consumir me hizo pensar que valía la pena ver cuántos podía completar», dice Meckler.

Regresó a Colombia. Ingresó en grupos de alcohólicos «de la alta sociedad». No le satisficieron. El requería algo más apropiado para lo que llama su «vida huracanada». Entonces fundó el primer grupo de narcómanos anónimos: «Nuevo Amanecer». Aplicaron las mismas técnicas de confrontación agresiva. Funcionaron. Sin embargo él, que como todos los recuperados tiene pánico de recaer, inició otra obra para sentir «el bienestar de ayudarlos a otros». (Ver testimonios, páginas 52, 54, 56).

Con Evelyn Leff, la novia que acababa de conocer —su esposa de hoy, madre de sus tres niñas— inició la búsqueda de dinero. Varias empresas le ayudaron. Reunió cerca de 80 millones de pesos. El aportó también.

El día en que mataron a Galán, ese triste 18 de agosto de 1989, ingresó en la «Fundación Pida Ayuda» el primer paciente: un viejo de 60 años, adicto a los tranquilizantes. Desde entonces, el equipo terapéutico (dirigido por Miguel Bettín e integrado por la sicóloga de familia Nohora Ortiz, el

médico toxicólogo Jairo Arévalo y varios adictos recuperados que después se entrenaron como terapeutas), ha atendido 260 personas que oscilan entre antiguos presidentes de grandes compañías y sicarios. Allí todos son iguales: la miseria humana los hace convivir y compartir un solo propósito: salir de la adicción. Se han recuperado el 62% de ellos. Sin embargo, no todo es éxito en «Pida Ayuda».

«Ya hemos asistido a dos entierros», dice Aura Lucía Mera, ex directora de Colcultura, alcohólica y adicta recuperada (ver testimonio), ahora terapeuta de la fundación y alma de ella. La Mera, mujer carismática cuya capacidad de darse y de amar obra milagros en seres que jamás creyeron que el vicio les permitiera vivir normalmente, se refiere a dos personas que recayeron y la sobredosis las llevó a la muerte.

¿Por qué la gente consume droga hasta quedar atrapada o bebe hasta alcoholizarse?

Según Bettín, sicólogo y profesor cartagenero que lleva ocho años trabajando con adictos, existen tres razones: 1) Predisposición genética inmodificable, comprobada en el caso de los alcohólicos y por comprobar en el caso de los drogadictos; 2) Factores culturales; y 3) Razones psicológicas.

Los factores culturales son abono importante para la adicción. En el alcoholis-

mo, por ejemplo, una reciente encuesta sobre «salud mental y consumo de sustancias psicoactivas», realizada por el Ministerio de Salud, encontró que, por lo general, los alcohólicos tienen amigos bebedores y padres que les aprueban el uso de alcohol o son indiferentes ante él.

Este es uno de los motivos que lleva a muchos a oponerse a la legalización de la droga. Meckler, Bettín, la Mera y los adictos recuperados creen que si llegara a legalizarse hasta el punto de convertir su utilización en algo aceptado socialmente —como ocurre con el alcohol— el consumo de droga aumentaría. Sin embargo, el decano de Economía de los Andes, Eduardo Sarmiento, después de hacer cálculos matemáticos, concluyó que sólo crecería cerca de 5 por ciento.

Los factores de predisposición psicológica son más complejos y, quizá, más determinantes. En general —explica Bettín— cuando la familia es caótica y ni el padre ni la madre desempeñan su papel con propiedad; y cuando el niño crece con normas confusas o variables lo cual no le permite reconocer límites claros —«hasta aquí puedo llegar»— hay mayores posibilidades de que los hijos resulten adictos a drogas fuertes (marihuana, cocaína, heroína, etc.). Estas personas, por lo general, han sido osadas cuando niños. Por ejemplo, han tenido experiencias sexuales antes que sus compañeros, o se han emborrachado primero. Su nivel intelectual, por lo regular, está en la escala media hacia arriba.

Cuando uno de los padres es distante y exigente y el otro sobreprotector y les brinda a los hijos el afecto de los dos («yo le ayudo en la tarea, pero no moleste a su papá que está cansado») es más frecuente que los hijos resulten alcohólicos o adictos a los tranquilizantes, a los hipnóticos o a los antidepresivos. Bettín enfatiza que es indispensable, para la recuperación del adicto, que no haya contradicción entre lo que los padres dicen y lo que hacen. Explica: «Si el padre le exige respeto al hijo pero, a su vez, irres-



Miguel Bettín, sicólogo especializado en adictos.



Simón Meckler, pionero en tratamientos.

INDICE DE DROGADICCION Y ALCOHOLISMO

ADICTOS A:	Por mil habitantes
MARIHUANA	11,0
COCAINA	2,8
BASUCO	4,0
HEROINA	0,3
INHALANTES (pegantes, etc.)	0,6
ANFETAMINAS	2,5
ALCOHOL	71,0

FUENTE: MINISTERIO DE SALUD 1993

El adicto se recupera cuando algo le duele ader

peta a su esposa, transmite valores contradictorios. O si la madre le dice al niño que no mienta, pero ella es la primera en mentir, ocurre lo mismo». Además, hay que demostrarles a los hijos que los principios no son negociables: si se castiga, debe sostenerse el castigo; si se dice no debe mantenerse el no. Pero, sobre todo, hay que transmitirles a los hijos seguridad. Y eso sólo se logra si ellos sienten que nunca les faltará amor, que siempre sus padres los querrán.

Sin embargo los padres no son los únicos responsables de la formación de valores en sus hijos. «Uno no sólo es familia», dice Bettín. «También es escuela, es barrio, es producto de los amigos».

El director terapéutico de la «Fundación Pida Ayuda» es experto en lo que Aura Lucía Mera denomina «las masacres» del alma, o sea, las terapias de confrontación. Bettín descubre primero cuál fue la jerarquía de valores del adicto:

«Si encuentro, por ejemplo, que los valores intelectuales o políticos ocuparon el primer lugar, por ahí me cuelo hasta que hago DOLER la adicción para luego, sí, despertar los valores dormidos».

Es entonces cuando los viciosos lloran, gritan y en la fundación se ven personas con letreros grandes que les cuelgan del cuello, se llaman «ayudas terapéuticas» y dicen, por ejemplo: «soy deshonesto»; o «soy manipulador»; o «soy prepotente»; o «soy inseguro».

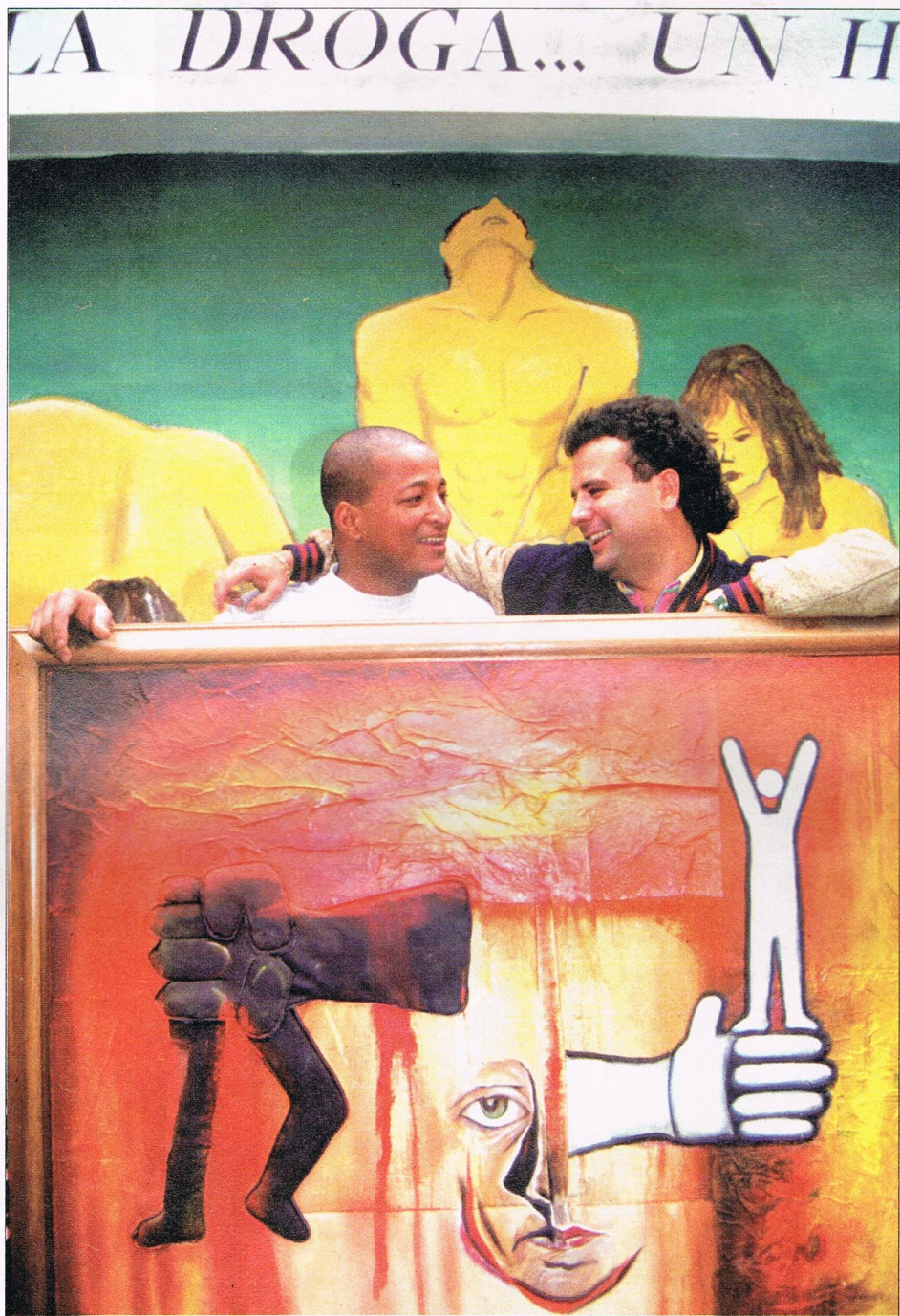
Fue después de una terapia de esas cuando Cristina, una de las pacientes, en bata, con los ojos enrojecidos y el rostro demacrado, afirmó:

«Pensé que hoy iba a sentirme el ser más miserable del mundo. Ayer tuve mi primera confrontación. Me miré al espejo. Vi quién soy. Sentí resentimiento contra quienes me hicieron ver esa realidad. Pero luego me di cuenta de que ese resentimiento iba contra mí misma».

Bettín afirma que «el adicto se recupera cuando algo le duele adentro. Y lo que verdaderamente le duele es haber atentado contra su propio sistema de valores. El individuo tiene que llegar a sentir: el malo soy yo; el adicto soy yo; el que ha causado daño soy yo; el culpable soy yo».

Entonces comienza la recuperación del enfermo y viene el llamado primer paso, esto es, la aceptación de que se es impotente ante la droga y el alcohol.

El primer paso se da a los 35 días de iniciado el tratamiento. El segundo viene



En la Fundación Pida Ayuda se han atendido 260 personas.

cuando el adicto acepta la existencia de un Ser Superior (Dios o como quiera llamarlo). El tercero ocurre cuando el enfermo deja su vida en manos de ese Ser Supremo. El cuarto consiste en hacer el inventario ético de la vida. Y el quinto y último paso, al final del tratamiento, a los 45 días de comenzado el internado, consiste en compartir ese inventario moral con ese Ser Superior y con otro ser humano (generalmente uno de los terapeutas), para quemarlo después en un parque cercano delante de todos: adictos, terapeutas, familiares, amigos y recuperados. Luego la fundación inicia el llamado «plan soporte» que dura seis meses durante los cuales

el recuperado debe asistir dos horas diarias a reuniones de lunes a sábado.

Inmediatamente antes de iniciar esa etapa fue cuando Juancho, un joven alcohólico, escuálido y de nariz colorada, dijo sonriente después de quemar sus papeles:

«Hoy terminé. Siento alegría y miedo de salir. Me van a hacer falta. Hoy me despidió del trago y de todo a lo que me llevó. Les doy gracias a esta fundación y a Dios que me permitió conocerla».

Entonces todos, uno a uno, tomados de la mano, comenzaron a decir:

«Juancho, pongo mi mano en tu mano porque tú me interesas».

«Tú también, Aura Lucía»...

ento y lo que le duele es atentar contra sus valores



BERNARDO A. PEÑA

Antes era drogadicta. Hoy, Aura Lucía Mera ayuda a los adictos a salir del vicio.

«Siento que he vuelto a nacer»

Después de estar al borde del suicidio, Aura Lucía Mera abandonó la drogadicción y hoy es terapeuta

MI NOMBRE ES AURA LUCÍA MERA. Soy alcohólica y drogadicta. Ahora veo claramente que mi alcoholismo activo se inició cuando comenzaron mis problemas con mi primer marido, Rodrigo Lloreda. Vengo de una familia muy tradicional y conservadora. Tuve una infancia y una educación privilegiadas: los mejores colegios de Colombia y Europa, viajes, varios idiomas. Jamás vi beber en mi casa. Así que conmigo no va el consabido cuento de los traumas infantiles. Precisamente creo que crecí en medio de un «cuento de hadas» en el que todo era armonía y felicidad. Por eso, al enfrentar mi primera realidad dolorosa, busqué evadirla. Descubrí que el alcohol me volvía más segura, más desinhibida, más valiente y me anestesiaba la rabia y el dolor. Creo que desde el día en que lo descubrí, lo adopté como muleta para todo.

La inevitable separación de un matrimonio programado para tener un final fe-

liz y la quitada de mis dos hijos hombres (tengo cuatro) por decisión de la Curia, llenaron mi alma de rabia y de rencor. Seguí bebiendo. Conocí al poco tiempo a Domingo Dominguín, un ser extraordinario, 23 años mayor que yo, hermano de Luis Miguel, el torero. Me fui a vivir con él a Quito. Fueron cuatro años intensos, llenos de magia y amor pero, desgraciadamente, también bañados en alcohol: terminaron con su suicidio. Se aumentaron así mis sentimientos de dolor, tristeza, culpa y rabia con la vida. El alcohol en esos momentos se convirtió en mi mejor amigo. El único que me entendía cuando lloraba a solas, el único que me daba la fuerza para seguir la vida a patadas. Yo concebía la vida como una lucha sin cuartel y era solamente gracias al alcohol como me sentía capaz de seguir dando la batalla.

Decidí vivir en Bogotá. Cali y Quito eran ya parte de un pasado demasiado doloroso. Entonces quise hacer borrón y

cuenta nueva: otra ciudad, otras caras, otras circunstancias. Cambié de repente el mundo de los toros de lidia, los páramos y las fincas, por el concreto, los ascensores y las oficinas ejecutivas. Cambié los bluyines por los sastres de buen corte, el morral por la chanel... Y siempre conmigo, a toda hora, mi más fiel amigo: el vodka.

Ocupé puestos importantes. En cada sitio por el que pasé —anestesiada y triste desde las brumas del alcohol— fui dejando huella: el Museo de las Comunicaciones de Telecom, la Galería de Arte del Círculo de Lectores, programas en la televisión.

De repente, a uno de mis hijos le diagnosticaron un cáncer de mal pronóstico: sarcoma osteogénico en la cabeza del fémur. Me trasladé a Nueva York y lo acompañé un año en su lucha por la vida, hasta que salió triunfante. El apoyo de toda la familia, el alcohol y el amor salvaje de una madre también herida de muerte, me daban fuerzas para enseñarle a disfrutar el ahora.

De nuevo en Bogotá me dieron «la manzana dorada» de la Administración Betancur: la dirección de Colcultura... Fue un año y medio de logros, gracias a un equipo unido y profesional. Condecoré a Gabo en Estocolmo cuando se ganó el Premio Nobel y le organicé su fiesta memorable... El alcohol me acompañaba como mi sombra de día y de noche: en mi escritorio, en la guantera del carro, en mi casa, en mi mesa de noche. En Colcultura conocí la cocaína y quedé pegada a ella de una vez: me sentí la mujer más feliz: podía beber a mi antojo sin perder la lucidez... Eso creía...

Comenzó el descenso... Las crisis depresivas eran cada vez más frecuentes. Mi agresividad crecía desbocadamente. Mis padres e hijos sufrían impotentes. Me sentía víctima incomprendida. Nada me satisfacía... Empezaron las faltas en el trabajo, la irresponsabilidad, los cambios sucesivos de empleo, las fugas geográficas, las relaciones sentimentales llenas de alcohol, droga y fracasos.

Sentía que me iba hundiendo cada vez más en un túnel sin salida. Ya no era capaz de parar de beber ni de consumir coca. Esas dos sustancias se convirtieron en mi Dios. Mis hijos no resistieron y se fueron de la casa. En ese momento no me importó. Lo único importante para mí era poder estar sola para beber, meter y llorar a mi antojo. Empecé a ver las cosas como si fueran de plástico. Mis sentimientos estaban anestesiados. La vida era una mierda. Todo carecía de sentido. No comía. Las hemorragias nasales aumentaban. Pero lo único que quería era consumir.

Viajé a Estados Unidos y, de repente,

«Mis sentimientos estaban anestesiados. La vida...

me encontré sola en la habitación de un hotel, sin hijos, sin trabajo, sin futuro y, como único patrimonio, dólares, vodka y cocaína. Pensé matarme. Pero, gracias a Dios, antes ensayé entrar en Alcohólicos Anónimos e inicié terapia con un sacerdote irlandés —también alcohólico anónimo— que me hizo caer en la cuenta de que estaba enferma de adicción. Poco a poco fui descubriendo un nuevo mundo y el lento camino de la vida que iba abriéndose dentro de mí. Ingresé en la universidad a estudiar sicología y adicción. Mi vía iba tomando norte: lentamente, como saliendo de un túnel, fui encontrando brújula.

Regresé a Colombia, a mi realidad que nunca me gustó afrontar. Ingresé en Los Andes a estudiar Literatura y empecé de nuevo a coquetear con las sustancias: compré un gramo de coca «para estudiar mejor»: llegué al fondo del caos. En un momento perdí de nuevo todo lo que tan lentamente había ganado. De nuevo el alcohol y la coca eran mi Dios. Me atraparon peor que antes. Era su venganza por haberlos abandonado... Los requería a toda hora: necesitaba de «un pase» para pasar de la cama a la ducha... Sentía que me enloquecía. Pero no podía parar. Quería meterme una sobredosis y matarme. En mis hijos y en mis padres vi otra vez angustia y llanto.

Entonces, derrotada, jugándome la última carta, entre la vida y la muerte, ingresé como paciente en la «Fundación Pida Ayuda». Sentía muerta el alma. Me salvaron la vida y la mente. Les obedecí y, gracias a Dios, el camino se despejó de nuevo. Volví a ver brillar el sol, a creer. Entendí que sí es posible, que sí existe un Dios lleno de amor, una esperanza, una nueva oportunidad.

Esto fue hace dos años. Hoy tengo 50 años y he vuelto a nacer. Mis relaciones con mis hijos se basan ahora en el amor, la honestidad y la confianza mutuas. Trabajo como terapeuta en la «Fundación Pida Ayuda» y, para mí, no existe mayor alegría que la de poner mi grano de arena en la recuperación de otras personas que, como yo, entran destrozadas por esa puerta y aprenden, también como yo, que la felicidad sí existe. Ahora les agradezco a Dios y a la vida ser adicta: por ello aprendí a creer, a comprender y a amar a través del dolor.

No entiendo cómo quieren legalizar las drogas: es legalizar la muerte y la locura en un país ahogado en sangre, violencia y desamor.

Puedo decir, sin temor a equivocarme, que conocí a fondo el infierno y que no quiero volver a él. Pero también puedo decir que, sólo por hoy, soy una mujer realizada, con fe, feliz, llena de ilusiones y de amor».

era una mierda»

Lo MEJOR DEL SOL MEDITERRANEO ...



IMPORTADO DE ORIGEN Y ENVASADO POR:



TODA UNA TRADICION EN VINOS





BERNARDO A. PEÑA

Superado su problema, Fredy mira hoy con horror el mundo sórdido en que vivió.

«Créame: soy un milagro»

Anduvo con sicarios, derrochó su fortuna, se volvió estafador y cayó en los peores abismos de la droga

MI NOMBRE ES FREDY. SOY ALCOHOLICO Y DROGADICTO. Tengo 29 años. Hace cuatro dejé de consumir. Nací en Medellín en un hogar que nos transmitió valores paisas: ser metelón, ganar plata, salir adelante... Mi padre trabajaba en mecánica y latonería. Era alcohólico, pero se recuperó... Mi mamá era la matriarca de la casa, la que siempre llevaba la batuta. Ella sacó adelante a los seis hijos. Quedamos cinco: uno se mató en una moto.

Me metí mi primera rasca a los diez años. Fue en la fiesta de 15 de mi hermana. Terminé bachillerato en el Instituto Parroquial Jesús de la Buena Esperanza en Bello. Me presenté a Comunicación Social en la Universidad de Antioquia. No pasé. Entonces comencé a hacer negocios: vendía repuestos... En 1983 ganaba buena plata. Me daba mis gustos: farreaba, compraba ropa y le daba a mi mamá como 40.000 pesos semanales. Así duré año y medio. Entonces sólo metía

coca una o dos veces al mes para quitarme las borracheras.

Me agradaban el riesgo, la aventura, los carros a alta velocidad, las motos... De diez amigos que montábamos en moto juntos sólo quedamos tres vivos. Me gustaba vagabundear, las putas, montar a caballo, bañarme en piscinas tomando champaña.

Me habían criado con la mentalidad de que fumar marihuana era lo peor. Pero un día, en Estados Unidos, la probé. Me dio una sensación agradable. Me gustaron la hambruna y la risueña. Nevaba. Trabarse y andar sobre la nieve era el éxtasis.

(La droga es lo más normal en las prisiones gringas. La ofrecen los coyotes presos. Así llaman a los que pasan gente en la frontera. Todo eso, supuestamente, se hace bajo cuerda).

Llegué a Bogotá. Mi mamá respetaba el camino que yo había tomado. Inicié el negocio de repuestos para carros Dodge en que trabajo ahora. A veces le ayudaba

a un tío que tenía una finca de caballos en Acacías. Ya metía semanalmente, seis u ocho pases de coca por noche. Y fumaba basuco. Una vez puse 20 gramos de coca en líneas sobre las bandejas que se ganaban de premio en las exposiciones los caballos de mi tío. Y usando un billete nuevo, de dos mil pesos, me di pases de coca cada diez minutos. Comencé a las 5 p.m. A las 11 sentí paralizado el lado izquierdo. Le rogué a Dios que no me diera trombosis. Pero seguí consumiendo. Me dio taquicardia. Una dosis tan alta lo va metiendo a uno en un oasis, en túneles, algo perfecto. Al pararme de la cama a las seis de la mañana quedé frente al espejo. Me vi como un monstruo y empecé a gritar: ¡me torcí! Me paré para ir al baño pero me desmayé. Pedí que me llevaran a un hospital, que dijeran que tenía sobredosis de coca y que no me dejaran morir. Dejé de consumir tres días. Pero el ambiente era muy tenaz. Pensé no meter más coca y creí que el

basuco no me hacía daño. Entonces empecé a consumirlo y a sentir esa agonía, esas ganas de defecar. A los cuatro meses era adicto. Fue mi peor época.

En Acacías nos levantábamos a las 12, almorzábamos y a las 5 nos íbamos a montar a caballo para que nos vieran las peladas. A las 9 p.m. empezábamos a consumir, hasta las 2 ó 3 de la mañana. Así duré seis meses, hasta que me dije no más. Me vine a Bogotá. Tomaba trago. Después de una botella de aguardiente, el organismo me pedía basuco. Me iba para las ollas del barrio San Rafael Galán. Me tenían habitación entapetada para mí solo, con todos los servicios: mujeres, alcohol, droga. Gastaba 200 ó 300.000 pesos por noche. Me daban crédito. Salía sin un peso. En los últimos momentos llegué a pasar cinco días sin dormir: me fumaba 100 ó 200 gramos —unos 500 cigarrillos— por día. Al final era tal mi impotencia que no podía durar sin consumir los 20 minutos que me demoraba en llegar al barrio San Rafael. Entonces me metía a las ollas de la calle del Cartucho. Me quedaban más cerca. Son especies de cajones llenos de piezas donde consumen 200 ó 300 personas. No tienen sanitarios. La gente defeca en el piso. Las ratas pasan por encima. Duraba tres días sin bañarme. Por la droga, el aspecto sexual también se degenera... Me sentaba junto a dos matones que me cuidaban porque tenía plata. Al comienzo trabajaba y me financiaba el vicio. Luego, por mi fama en el negocio de repuestos, me daban crédito. Pero me veía alcanzado. Y me volví estafador. Llegué a tener deudas de 10 millones de pesos. (Ya las pagué). Un

«No maté porque mi mamá me hizo prometerle

día me dieron un reloj Rolex para cambiarlo por coca pero me gasté el dinero y me amenazaron con matarme si no lo pagaba. Ya no podía tapar las culebras. Me fui a Medellín. Duré tres meses sin consumir. Un día no aguanté más. Entonces empezaron seis meses en que viví para consumir. Tuve pocos momentos de lucidez. Anduve con sicarios. No maté a nadie porque mi mamá me hizo prometerle que no lo hiciera.

Ella y el resto de mi familia sabían en las que andaba. Mi mamá me protegía. Me cubría deudas a escondidas de mis hermanos. Mientras peor llegaba yo, con más amor me recibía. En octubre de 1989 le detectaron dos tumores que podían ser cancerosos. Yo era consciente de que a mi mamá la iban a operar, pero yo no podía parar de fumar basuco. Era el sufrimiento. Lloraba. Ella no quería dejarse operar sin verme por última vez. Ese fue mi fondo, el de haberle fallado a mi mamá que es la persona que yo más amo, y el de buscar al final el suicidio acercándome a los buses, buscando morirme en los baños al fumar hasta apagar con el vómito los cigarrillos de basuco. Llegué a la casa con ese sentimiento de culpa...

(Mire cómo todavía lloro al recordar).

Llamé a mi mamá. «¿Qué hubo, mi amor?», me dijo. Me dio a entender que estaba conmigo, que en su agonía había pensado más en mí que en ella. En la mera voz se le notaba ese amor... Me sentí el tipo más vacío. Le pedí perdón.

Llegué a Bogotá el 1° de diciembre de 1989. El 29 de enero me interné en la «Fundación Pida Ayuda». Y empezó este trayecto de cuatro años de logros.

Yo soy un milagro.

Por todo lo que viví no estoy de acuerdo con la legalización de la droga: eso llevaría a aceptar la enfermedad de la drogadicción como algo normal. Entonces sí que las autoridades no harían nada y no habría solución.

Ahora que trabajo y gano buen dinero me doy mis gustos. Siempre me han gustado las armas. Desde hace siete meses cargo este revólver. Es legal. También siempre me ha gustado el oro. Me agrada andar con mis joyitas, lucirlas. Las he tomado como un símbolo de mi recuperación. Compré un apartamento en el Parque Bavaria. Tengo buena ropa. Voy a buenos restaurantes: Carbón de Palo, Hatsuthana, la Fragata del World Trade Center. Viajo. Buceo en San Andrés. Voy a ir a Europa y al Africa en agosto. Me gusta salir en la noche. Paseo en mi carro. Veo las putas baratas de la carrera 13. Recorro la avenida 82 y recuerdo ese mundo sórdido en que viví. Ahora lo miro de otra manera. Vengo con frecuencia a la fundación y pido ayuda para no recaer: por estas 24 horas». ■

e que no lo haría»

**MARQUE LOS
NUMEROS:**

619 2300

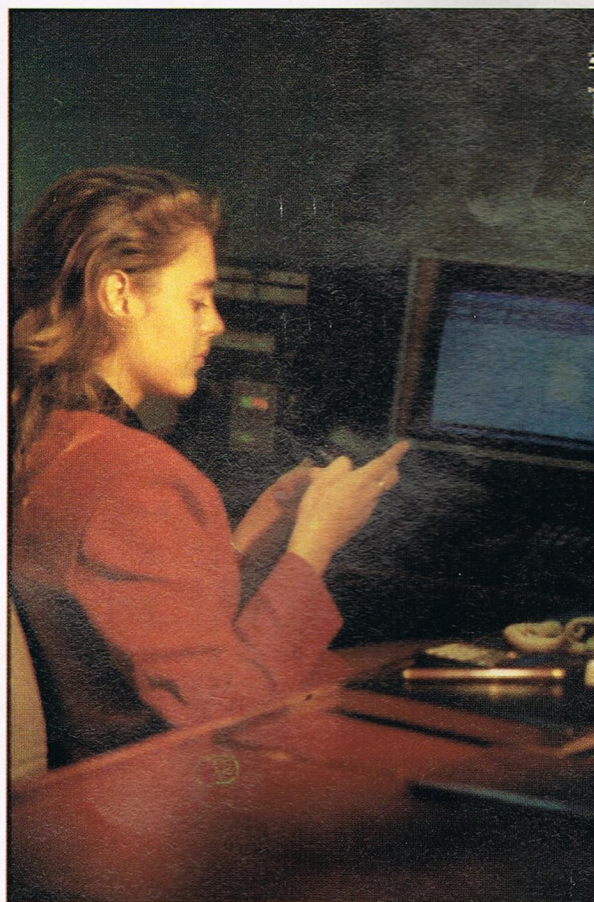
619 3311

Santafé de Bogotá, D.C.

65 2222

Ibagué

**Y LOGRE SU
CUPO EN EL**



Usted estará cerca de sus negocios y ellos de usted!



Biper - Fast
Servicio Buscapersonas

Comuníquese a tiempo y logre el acceso a todos nuestros servicios!

- Santafé de Bogotá, D.C.: Transv. 29 No. 118-54
- Ibagué: Centro Comercial La Quinta Local 292



Antes de derrotar la droga era un piloto que no podía mirar de frente su realidad.

«Andaba volando bajo»

Testimonio de un piloto que llegó a volar bajo los efectos de la droga. Hoy lucha por no recaer en el vicio

MI NOMBRE ES PILOTO. SOY ALCOHÓLICO y drogadicto. Me volví alcohólico a los ocho años, el día de mi primera borrachera... Mi papá era General. Se movía en altas esferas, con el presidente, los ministros. En mi casa la vida social era muy activa y el alcohol estaba presente en todas las reuniones. Mi mamá tenía muchos compromisos. A mí me crió un soldado. Me cuidaba. Me enseñó a caminar. Me la pasaba con la muchacha, con los choferes, con los soldados. Me hacía falta mi mamá: fue muy desprendida conmigo. Yo tenía más contacto con mi papá: era mi ídolo. Lo veneraba. Murió del corazón cuando yo tenía diez años. Entonces me sentí muy solo: mi casa estaba llena de gente pero no había

diálogo ni unión. Seguí bebiendo. Sentí rabia con Dios: ¿cómo pudo quitarme mi ídolo? Entonces me propuse llevar una vida relajada: me emborrachaba y me iba a fiestas manejando moto. Pero era buen estudiante. Un año después de la muerte de mi papá nos fuimos a Madrid (España). Allí desarrollé adicción por las máquinas de juegos electrónicos. Le robaba plata a mi mamá para jugar en ellas. Así lo hice hasta cuando mi mamá notó que se le desaparecía la plata. Me regañó. Pero no hubo sanción real. Y no le puso atención a la parte afectiva, a pesar de que en el colegio informaban que yo era capaz pero hipersensible. Los amigos me dieron llave para abrir las máquinas. Las asaltaba. Tenía 12 años. No dormía. Me desvela-

ba pensando en la incomunicación de mi familia y en nuestro futuro: la finca de mi papá la habían *incorado*. Y mi mamá había vendido la fábrica de tapetes. Nunca habíamos tenido problemas económicos: tanto mi papá como mi mamá recibieron buena herencia. Pero yo temía que la plata se acabara. Entonces decidí estudiar aviación: era una forma rápida de hacer carrera y de adquirir seguridad e independencia. Regresé a Bogotá. El bachillerato lo pasé de rumba en una moto. Le di duro al alcohol. Llegaba borracho. Mi mamá me regañaba. Yo agachaba la cabeza ocho días y, otra vez... En mi casa no había principio de autoridad. A los 14 años comencé a correr en el autódromo. Ya había clasificado para correr la copa cuando mi mamá se dio cuenta. Me lo prohibió. Entonces sentí que todo lo que me gustaba era prohibido. Si me hubiera apoyado habría sido diferente. Terminé bachillerato en Estados Unidos: quería aprender inglés, requisito para ser aviador. Allá me cogió la marihuana. La fumaba en los recreos.

Me gradué con excelentes notas. Regresé a Colombia y estudié aviación en Guaymaral. Fui alumno responsable. Nunca volé trabado. Era el único de la escuela a quien le permitían salir solo en el avión. Presenté examen en Avianca. Fui de los mejores. Pero me rechazaron porque no utilicé palanca. La conseguí y me aceptaron. Eso me desmoralizó, me laceró la autoestima. A los 19 años ya era copiloto de 727. Un amigo piloto me presentó la coca. Me fascinó. Duré año y medio volando sobrio. Pero conocí el basuco. Me gustaba salirme de la realidad con diferentes efectos. Empecé a echar para atrás. Por los guayabos, sacaba disculpas para no volar. Me llamaron la atención. Entonces volaba enguayabado: paraba de consumir basuco a las 4 a.m. y me iba a volar a las 6 a.m. Llegaba con el efecto vivo. Lo notaban pero no decían nada. Llegaba tarde. Un día no me presenté. Me dejó el avión y me botaron.

Me fui a vivir a la finca de mi mamá. Le administraba el ganado lechero. Pero me hacía falta volar. Eso me desbarató: lo tapaba consumiendo. En esa época me casé con una niña sana: sólo que tenía un hermano adicto. Entonces, como ocurre con los familiares de los adictos, ella padecía el mismo síndrome pero sin consumir. Se llama codependencia. Por eso me buscó para casarse: me acoplaba a esa vida. Es mi esposa hoy. Nos queremos.

Ella trabajaba y a mí me quedaba mucho tiempo libre para consumir. Tenía un expendedor que me llevaba la droga a la casa. Llegué a consumir diez gramos diarios de coca y basuco. Las piernas se me encalambaban. Para ella era muy duro verme así. Ese primer año de matrimonio

«Alcancé a planear un autosequestro para cobrar»

fue muy difícil. Traté de dejar la droga. Paré mes y medio. Pero fue peor. Después me emparrandaba con mujeres y volvía a los dos días. Con la droga se me desbordaba la sexualidad: me provocaba ver mujeres juntas y estar con ellas. Mi mamá y mi esposa estaban desesperadas. Pero yo las manipulaba y tapaba mi consumo. Por esa época, sin buscarlo, nació mi hijo. Fue engendrado en ese estado. Tenía mucho susto. Pero nació normal, divino. Es inteligentísimo. Me alegró la vida. Lo sentí como un regalo de Dios. Se llama como mi papá. Fue su reemplazo. El me lo mandó. Ya no estaba sólo.

No volví a tocar el basuco. Pero recaí con la marihuana y la cocaína. Se dañaron de nuevo las cosas con mi esposa. Mi mamá y ella se pusieron de acuerdo: me hicieron aceptar que tenía problemas con la droga. Me internaron un mes en otro lugar. Pero no resultó porque me trataron la adicción a la droga, no al alcohol. Duré bien tres meses. Sin embargo, me tomaba dos o tres cervezas diarias. Un día me tomé un whisky y no pude dominar la obsesión de consumir cocaína. Se la compré a los porteros de las discotecas de la avenida Pepe Sierra. Y sentí compulsión por meter basuco. Lo compré ahí mismo. Me fui a un prostíbulo. Dejé empeñados el gato y la llanta del carro. Mi mamá me echó de la finca. Nos vinimos para un apartamento en Bogotá. Nació mi hija, tan bien como el niño, divina. Yo seguí consumiendo. Llegué hasta meter droga con los expendedores de la Pepe Sierra: es gente de muy baja clase. Me perdía tres días. Incluso alcancé a planear un auto-secuestro para pedirle rescate a mi mamá y seguir consumiendo. Se lo propuse a uno de esos tipos. Pero no se atrevió. Yo asusté al hampón: lo cogí a golpes contra la pared. Me volví demente. Pude haber matado.

Hace dos años mi esposa me sacó las maletas a la calle. Me dijo: o se recupera o se va. Y llegué aquí a la «Fundación Pida Ayuda». Aura Lucía me recibió en un *embale* terrible. Me ayudó mucho. Acepté que soy adicto y reconocí mi realidad: tengo una enfermedad crónica e irreversible y, si consumo, me esperan la clínica, la cárcel o la muerte. En enero de 1992 salí y empecé a recuperar a mi familia y a mi pareja. Regresé a mi profesión: hoy, a los 34 años, soy copiloto en una empresa de aviación. Me siento honesto conmigo mismo y con los demás. Mi vida es completamente feliz. Continúo viniendo a la fundación porque para mí no hay nada más importante que mi recuperación.

No estoy de acuerdo con la legalización de la droga: ya tenemos suficiente con la adicción de Colombia a la droga líquida —aguardiente— patrocinada por el Estado».

arle a mi mamá»



POLONIA REVOLUCIONO AL MUNDO
CUANDO DIO ORIGEN AL VODKA

Importado por:  **MARPICO S.A.**

Tels: 2685695 - 2682878 Bogotá.